



La Belleza Literaria del Discurso Racional

Manuela Castro Santiago

manuelacs@arrakis.es

Resumen

El parentesco entre la filosofía y la literatura ha estado determinado durante muchos siglos por la discusión y exclusión recíprocas. En la cultura moderna se nos presentan como dos discursos autónomos y definidos por sus propias reglas. No obstante, es posible encontrar un punto de encuentro entre ambas formas de discurso, ya que ambos esperan la clarificación de lo que en cierto modo ha de ser la realidad. Y en ese esfuerzo por aclarar lo que es la realidad, la creación materializada en la escritura juega un papel importante. En este sentido, se puede considerar que la filosofía es "literatura de conocimiento" porque en su intento de hacer inteligible la realidad, y de hacer comprensible el bagaje conceptual de que dispone, hace uso de la belleza estilística que le brinda la literatura.

Abstract

The relationship between the philosophy and the literature has been characterised during many centuries by the discussion and reciprocal exclusion. In the modern culture they are presented as two autonomous speeches and defined by their own rules. Nevertheless, it is possible to find an encounter point among both speech forms, since both expect the clarification from what must be the reality in certain way. And in that effort to clarify what is the reality, the creation materialised in the writing plays an important paper. In this sense, it can be consider that the philosophy is knowledge literature because in its intent of making intelligible the reality and comprehensible the conceptual baggage that it prepares, it makes use of the stylistic beauty that offers him the literature.

Espacio común entre literatura y filosofía

Entre filosofía y literatura siempre ha habido una relación abierta pero enigmática, y sus vínculos han estado determinados durante mucho tiempo por la discusión y exclusión recíprocas. Cuando se intenta abordar el tema, nos encontramos por un lado, que cuando la literatura pretende profundizar en su propia significación cultural se enfrenta con una serie de problemas que requieren de un tratamiento filosófico. En este sentido, la teoría de la literatura está abocada a colaborar con la filosofía. Y por otro lado, ésta no se comprende plenamente a sí misma si no aclara su relación con el saber literario.

En efecto, muchos acontecimientos literarios han sido precedidos, acompañados o seguidos por una teoría filosófica o ética. También ocurre que muchas ideas filosóficas se han alimentado de intuiciones poéticas, dando lugar a revoluciones literarias.

Así pues, la filosofía y la literatura se nos presentan como dos formas de conocimiento muy diferentes, cada una con sus propias reglas, criterios y discursos, y con las fronteras bien definidas. No obstante, es posible tender puentes entre ellas. Ambos discursos esperan la clarificación de lo que en cierto modo ha de ser la realidad. Así nos lo recuerda Ortega:

“La filosofía es un enorme apetito de transparencia y una resuelta voluntad de mediodía. Su propósito radical es traer a la superficie, declarar, descubrir lo oculto o velado -en Grecia la filosofía comenzó por llamarse alétheia, que significa desocultación, revelación o desvelación; en suma, manifestación-. Y manifestar no es sino hablar, lógos” (Ortega y Gasset, 1969, p. 342).

Lógicamente, en este proceso de desvelamiento, la creación debe jugar un papel fundamental, en la medida en que todo acto creativo o inventivo arranca, por definición, algo de lo oculto, algo que no estaba presente antes, o que si estaba no se veía. “El alma del poeta/ se orienta hacia el misterio”, pesaba acertadamente Antonio Machado. Y al desvelamiento de ese misterio y al descubrimiento de ese conjunto de *significaciones reveladas* se orientan tanto el discurso literario como el filosófico.

De este modo, para Heidegger y Zambrano, la creación, a través de la poesía, es el modo esencial y fundamento del decir humano que instaura el mundo y permite sacar a la luz el fondo más íntimo, inaccesible y verdadero del hombre. *“Poesía –nos dice Heidegger-, es la fundación del ser por la palabra”* (Heidegger, 1989, p. 30). Y así la define María Zambrano el ser como lo inefable e inaccesible:

“La poesía (...) se sintió arrastrada a expresar lo inefable en dos sentidos: inefable por cercano, por carnal. Inefable también por inaccesible, por ser el sentido más allá de todo sentido; la razón última por encima de toda razón” (Zambrano, 1971, p. 215).

Así pues, el poeta, al igual que el filósofo, opera sobre lo oscuro. Ambos esperan clarificación de lo que en cierto modo ha de ser la realidad.

Existe pues, un espacio común en el que ambos discursos se complementan de un modo inevitable, logrando en el esfuerzo por alcanzar la verdad, ese territorio común propio de la creación. Nos referimos a ese momento en el que la belleza literaria surge cuando el discurso racional suspende su carácter argumentativo y da paso a uno de esos momentos en los que el lenguaje es capaz de romper el velo, la ilusión de la realidad y nos hace sentir o percibir lo que no percibimos o sentimos de otro modo. En estos momentos epifánicos, la filosofía se desprende de todo su exceso de competencias para remitirse al tiempo propio de la poesía que es un tiempo sobre todo de revelación.

La literatura se convierte, de este modo, en una forma “aparicional” del conocer. Es el lugar o espacio donde la palabra, antes de entrar en los condicionamientos del sentido o destruyendo estos condicionamientos, avanza su absoluta aparición o manifestación (Valente 1994, pp.19-25).

De este modo, se produce en el acto creador como revelación, ese milagro en el que tanto la construcción de un discurso literario como el enunciado de un juicio moral provocan la conmoción, fruto de un sentimiento difícil de definir, pero que identifican como algo común, y que tanto uno como otro, tiene un carácter universal, fuera del tiempo y del espacio. La literatura pues, aporta a la teorías normativas y universales, la densidad y complejidad que caracteriza a las experiencias particulares. De este modo, la belleza expresada en el discurso literario, se refleja en el equilibrio y capacidad de articular unitariamente lo diverso, primando la unidad absoluta del sentido sobre la diversidad incomprensible, alcanzando la universalidad, del mismo modo que lo hace un imperativo ético.

Mismo objetivo y distintos procedimientos

Sujetos de la compleja síntesis de la experiencia, quedamos envueltos en ella. La experiencia como *elemento dado*, como dato en bruto, no es conocida de modo inmediato. O, dicho de otro modo, hay algo que queda siempre oculto u ocultado en la experiencia inmediata. Hacia esa experiencia, manifestada en toda su complejidad y riqueza, se tienden dos tipos de redes que intentan hacerlas comprensibles. Una procedente del discurso racional y otra, del discurso literario.

Lo que el filósofo y el poeta alcanzan, tras un arduo esfuerzo es un limitado paisaje de verdades -o de "mentiras irrefutables", como diría Nietzsche; pero por caminos diferentes. En este sentido, en lo que difiere radicalmente el discurso filosófico del literario es justamente en el *método*, que en el caso del primero, sigue el despliegue analítico de la razón (cfr. Savater, 2002, p.45).

La filosofía comparte con otros discursos racionales -científicos- lo arduo, riguroso y tajante, la sistematicidad de sus procedimientos; pero su objetivo también está marcado- al igual que la poesía- por el esfuerzo en alcanzar una visión unitaria, dotada de sentido, que alberga la objetividad implacable de los principios universales.

De este modo, las proposiciones literarias se nos presentan, al igual que los postulados o los juicios morales como enunciados que no pueden ser demostrados, pero son necesarios desde el punto de vista de la experiencia moral y estética.

En el momento de la creación poética lo único dado es la experiencia en su particular unicidad (objeto específico del poeta). El poeta no opera sobre un conocimiento previo del material de la experiencia, sino que ese conocimiento se produce en el mismo proceso creador. El instrumento a través del cual el conocimiento de un determinado material de experiencia se produce en el proceso de la creación es el poema mismo. El acto de su expresión en el proceso de creación es el acto de su conocimiento. El conocimiento se produce en el mismo acto de creación (Valente, 1994, pp. 19-25.).

En este sentido, podemos afirmar que el ideal de todo escritor -filósofo o poeta- es descubrir el auténtico misterio de las cosas, alcanzar la verdad radical de lo real, pero por distintos procedimientos.

La literatura aparece, de este modo, al igual que el ensayo o tratado, como la revelación de un aspecto de la realidad para el cual no hay más vía de acceso que el conocimiento por la vía poética o racional. Ese conocimiento se produce a través del lenguaje y tiene su realización en el poema o en una proposición o juicio ético. Porque en sí mismos componen una sola unidad de conocimiento posible: no un verso, por excelente o bello que pueda parecer, ni un procedimiento expresivo, por eficaz o caracterizador que resulte, sino el poema o el argumento como estructuras donde esos elementos coexisten en fluida dependencia, corrigiéndose y ajustándose para formar un tipo de unidad superior.

Por existir sólo a través de su expresión y residir sustancialmente en ella, ambas formas de conocimientos conllevan no ya la posibilidad, sino el hecho de su comunicación en el mismo acto de creación.

Acto creador: materializado en la relación carnal con las letras

Y puesto que todo momento creador es, en principio, un sondeo en lo oscuro, el material sobre el que el poeta y el filósofo se disponen a trabajar no está clarificado por el conocimiento previo que se tenga de él, sino que espera precisamente esa clarificación, que será comunicada en el mismo acto creativo. De este modo, el único medio de que se dispone para sondear ese material informe es el lenguaje: una palabra, una frase, en definitiva palabras materializadas en la escritura .

En efecto, tal y como nos enseñó Platón, fundador de esa tensa, difícil, exploración ideal y conceptual que requiere sin embargo tiento, aventura y riesgo, la filosofía se encarna en la escritura. De hecho, entre la escritura y la palabra dialogada discurre lo más genuino de la filosofía, que se despliega en textos de naturaleza literaria. En este sentido, *"la filosofía es "literatura de conocimiento". Literatura en la medida en que tiene que ver con la gestación de textos y de escrituras"* (Trías, 2002, pp. 41-42).

La materialidad de la escritura y de la palabra, exige que ambas formas de discurso precisen de imágenes y escenarios comunes que posibiliten -a través de procedimientos y estrategias diferentes -la posibilidad de la comunicación en el acto de creación que será materializado a través de las palabras. No existe palabra ni escritura que no se *encarnen*, en el más riguroso sentido, en la materialidad del discurso o del diálogo, o del texto literario.

De ahí la necesidad de que todo filósofo, en algún momento de su obra, reflexione sobre su propia forma de situarse ante la creación, para trazar la preceptiva guía que ha de gobernar su propia trayectoria creativa. Pues no se piense que ese proceso irrumpe en toda su diáfana claridad en los procesos de creación, ya que la carga de reflexión trazada en textos se va iluminando, para el propio forjador de los mismos, con el paso del tiempo y con el transcurso de la vida. Es más, la sucesión de textos que se añaden a la reflexión, a través de los cuales se intenta consolidar la propuesta filosófica, produce muchas veces una iluminación relampagueante de carácter retrospectivo sobre textos anteriores en el tiempo. Esto sucede en filosofía lo mismo que puede suceder en poesía (Trías, 2002, p. 42).

La filosofía como literatura de conocimiento

Platón inaugura la filosofía en el sentido en el que hoy podemos reconocerla: la filosofía como escritura, como "literatura de conocimiento". Sus diálogos tienen tanto de obra de arte como de monumentos especulativos.

Dice José Ángel Valente que es escritor quien acaba teniendo una auténtica relación *carнал* con la escritura. Y esto es cierto desde luego en poesía y en novela, pero también lo es en esa "literatura de conocimiento" que constituye la filosofía. Ésta es, en efecto, literatura; tiene que ver con letras y con grafías; no puede producirse (al menos desde Platón) sin ese concurso que la condiciona y determina. Hasta el punto de que la propia producción oral, o dialógica, sólo es y existe en virtud de esa inscripción literaria (y de ello Platón da plena documentación). Sócrates nada sería, pese a su enseñanza oral, sin esa "literatura de conocimiento" (filo-sófica, enamorada del saber) que le acoge en forma de "corpus filosófico". Ni nada sería el personaje redivivo por la creación nietzscheana, sacado del acervo ancestral de la religión persa, Zaratustra, sin la composición y escritura del gran poema filosófico de Nietzsche.

Así pues, nos encontramos con que la filosofía se encarna, ante y sobre todo, en la escritura. Sin escritura la filosofía carece de forja y destilado. Pero en la escritura puede la filosofía acreditarse como creación, como lo que Platón llamaba *poiésis*. Sólo que los procedimientos por los que se produce el acto creador -a través del Tratado o del Ensayo o del Diálogo o de las Confesiones, o de la Suma o del Sistema, o del Aforismo o del Poema Filosófico-, no pueden ser confundidos con la construcción que cristaliza en la literatura de ficción, sea poética o novelística, o bien épica, dramática y lírica.

En este sentido, sólo un arte y una literatura de conocimiento, en donde la experiencia se elabora y sublima en apertura filosófica, sólo un arte así merece el nombre de creación, *poiésis*, es decir, literatura en la que la experiencia sea el viaje y transición hacia el conocimiento; esto es, el viaje filosófico. La literatura sólo es tal si

es filosófica; la filosofía sólo se realiza si tiene resonancias literarias. Así pues, los límites entre filosofía y literatura son borrosos y permeables, deslegitimando, de este modo, la pretensión de completa autonomía de cada género, provocando la desfigurabilidad y la relativa transformabilidad mencionada al principio de este apartado.

La actuación y el *éthos* del escritor-filósofo es, en esta aventura, lo decisivo; constituye el motor de la creación, o de la *poiésis*. El filósofo es ante todo, escritor. La escritura le invade y le penetra. Trama, como pedía José Ángel Valente, de todo verdadero escritor, relación carnal con letras y con grafías. Le importa, por lo mismo, el marco formal en que se dan los párrafos y los capítulos a lo largo del espacio y tiempo; las diferentes partes de este “todo abierto” que acaba cuajando y cristalizando en un texto con su correspondiente título, expresivo de la más secreta intención del compositor.

Pues todo filósofo de verdad es, sobre todo, compositor. Sólo por serlo puede, y debe, ejercer también de intérprete y hermeneuta. Intérprete de sus propias tradiciones y de los signos de su tiempo, puede componer así una propuesta, o *proposición*, expresada en forma escrita, que sirva de hilo de Ariadna para abrir el gran laberinto de la recepción dialógica -en el debate, en la enseñanza, en la reflexión verbal- y descubrir el enigma que encierra la realidad. Inevitablemente debe ser, también, intérprete de su propia propuesta, de manera que ésta alcance el máximo de lucidez y auto- esclarecimiento crítico. Y es justo por ese esfuerzo esclarecedor al que todo filósofo avoca, por lo que necesita echar mano de los recursos alegóricos y metafóricos que la literatura le brinda, estableciéndose de este modo, cierta analogía entre la construcción de una cadena de silogismos con una composición musical.

Así pues, no hay verdadera filosofía sin estilo, escritura y creación literaria; pero tampoco la hay sin elaborada forja conceptual. Los conceptos, se dice, no son más que metáforas, los tropos literarios, el funcionamiento mismo del lenguaje con que se piensa. Ricoeur, refiriéndose a la metáfora, nos dice:

“Al servicio de la función poética, la metáfora es esa estrategia del discurso por la que el lenguaje se despoja de su función de descripción directa para llegar al nivel mítico en el que se desarrolla su función de descubrimiento” (Ricoeur, 1980, p. 332).

Parece, pues, que la tensión entre estas dos formas de escritura que son la literatura -y en particular la poesía-, y la filosofía propiamente dicha -o el ensayo filosófico-, entre la escritura que cuenta, que refiere sucesos e historias de personajes en determinados momentos y lugares, y la escritura que analiza, que racionaliza y conceptúa -entre el *lógos* y el mito-, se va desdibujando en virtud de la consecución del mismo objetivo: alcanzar el punto donde ambas formas de conocimiento se encuentran.

Bibliografía

- ASENSI, M.(1996) *Literatura y filosofía*. Madrid, Síntesis.
- BENJAMIN, W. (1990). *El origen del drama barroco alemán*. Madrid, Taurus.
- CERNUDA, L.(1964). *Poesía y Literatura II*. Barcelona, Seix Barral.
- CERNUDA, L. (1974). *La realidad y el deseo*. Madrid-México, FCE (2.ª reimpr. de la 4.ª ed. en FCE, 1964).
- HEIDEGGER, M. (1956): *Introducción a la metafísica*. Buenos Aires, Nova.
- HEIDEGGER, M. (1978). *¿Qué es filosofía?* Madrid, Narcea.
- HEIDEGGER, M. (1980). *El ser y el tiempo*. México-Madrid-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- HEIDEGGER, M. (1989). *Hölderlin y la esencia de la poesía*. Barcelona, Anthropos.
- HEIDEGGER, M. (1995). *Caminos de bosque*. Madrid, Alianza.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1966). *Meditaciones del Quijote, Obras completas* (vol.1). Madrid, Revista de Occidente.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1969). *¿Qué es filosofía?.Obras Completas*. Madrid, Revista de Occidente.
- RICOEUR, P. (1980). *La metáfora viva*. Madrid, Ediciones Europa.
- SANTAYANA, G. (1995). *Tres poetas filósofos: Lucrecio, Dante, Goethe*. Madrid, Tecnos.
- SARTRE, J.P. (1983). *El ser y la nada*. Buenos Aires, Losada.
- SAVATER, F. (1992). «Schopenhauer». En V. Camps, *Historia de la ética, II*. Barcelona, Crítica.
- SAVATER, F. (2002). Borges, poeta filosófico. *Archipiélago*, 50, pp. 45-49.
- TRÍAS, E. (2002). La filosofía y su poética. *Archipiélago*, 50, pp.41-44.
- VALENTE, J.A. (1983). *La piedra y el centro*. Madrid, Taurus.
- VALENTE, J.A. (1994). *Las palabras de la Tribu*. Barcelona, Tusquets.
- ZAMBRANO, M. (1971). *Filosofía y poesía. Obras reunidas*. Madrid, Aguilar.
- ZAMBRANO, M.(1971). El sueño creador. *Obras reunidas*. Madrid, Aguilar.
- ZAMBRANO, M. (1986). *De la aurora*. Madrid, Turner.
- ZAMBRANO, M. (1989). *Notas de un método*. Madrid, Mondadori.
- ZAMBRANO, M. (1991). *El hombre y lo divino*. Madrid, Siruela.